

Excálibur

La verdadera Espada en la Piedra se encuentra en Italia



La espada de San Galgano clavada en la piedra

Alberto N. Manfredi (h)

Pocas leyendas como la del Rey Arturo y la espada Excálibur han alcanzado tanta trascendencia a través de los siglos. Pese a que existen diversas variantes, todas coinciden en apuntar que el legendario soberano fue hijo de Uther Pendragón, rey de Inglaterra, y de la bella Igraine¹, esposa de Gorloes, duque de Cornwall, concebido engañosamente a través de un artilugio del mago Merlín, que le dio al monarca la apariencia del noble.

Muerto Gorloes en batalla, el desbocado Uther desposó a su señora, quien para ese momento, llevaba un niño en sus entrañas. Fue entonces que el nigromante apareció en su castillo para exigir al retoño en pago por sus servicios y como el rey había jurado sobre los Santos Evangelios cumplir sus deseos, no tuvo más remedio que ceder.

Merlín tomó al niño entre sus manos e ignorando los lamentos de su madre, se lo llevó a Sir Héctor, noble barón, padre de Kay y señor de numerosas tierras, para que él y su esposa lo criasen como propio.

Al cabo de varios años, tuvo lugar en algún lugar del sur de Britania, una justa de caballeros. Según Thomas Malory, la misma se llevó a cabo en Londres, luego de la Misa de Navidad, en una iglesia que las fuentes no precisan aunque posiblemente haya sido San Pablo. Finalizados los servicios, el Arzobispo de Canterbury, condujo a los presentes hasta el patio, frente al Altar Mayor, donde había una piedra sobre la que yacía un yunque y empotrada en éste una magnífica y reluciente espada. Y fue entonces que Merlín o el prelado, no sabemos bien, anunció que aquel que lograra extraer el arma de su trampa ocuparía el trono y gobernaría Britania en nombre del Señor.

“QUIENQUIERA QUE SAQUE ESTA ESPADA DE ESTA PIEDRA Y YUNQUE, ES LEGÍTIMO REY NATO DE TODA INGLATERRA”, rezaba en letras de oro una inscripción al pie de la roca.



El Rey Arturo extrae la espada Excalibur

Uno tras otro intentaron los caballeros quitar la hoja y al no lograrlo, se retiraron disgustados hasta el día de Año Nuevo, cuando volvieron a lidiar. Lo mismo ocurrió en esa ocasión, de ahí que recién en Candelaria pudo dirimirse el asunto. Ese día Sir Kay, Sir Héctor y el joven Arturo cabalgaban hacia el campo donde debía celebrarse el torneo cuando el primero notó que había olvidado su arma.

Por orden del padre partió presuroso el muchacho a buscarla pero al encontrar todo cerrado y a nadie para abrirle las puertas, se encaminó a la iglesia y resuelto a no dejar a su hermano de leche desprovisto, caminó hasta la piedra donde se encontraba el yunque, tomó la hoja por la empuñadura y la extrajo sin el menor esfuerzo, demostrando a todo el mundo que era el legítimo rey de Inglaterra.



Muerte de Arturo en la isla de Ávalon

Hace casi tres décadas nos ocupamos del tema en un breve y ameno trabajo titulado *Sobre el Rey Arturo y sus Caballeros* el cual, tratándose de una obra de nuestra autoría, encontrará el lector entretenida y bien documentada en bibliotecas de nuestra zona y la capital (esperemos que siga allí).

Cómo hemos dicho, el mito artúrico ha sido abordado de las más variadas maneras, de ahí que existan marcadas diferencias en los relatos. En algunos, la espada está clavada en un yunque, en otros, directamente en la piedra. Hay aquellos que nos presentan el deceso de Uther Pendragon por enfermedad, otros por envenenamiento y quienes lo hacen emboscado en combate; están los que sitúan a Camelot en Winchester, Cadbury y el extremo sudoccidental de Inglaterra,

cerca de donde debería estar la isla de Ávalon ¡¡y hasta aquellos que nos muestran a Arturo como un nuevo Herodes, asesinando a los niños nacidos el primero de mayo, para desaparecer a su hijo-sobrino Mordred, fruto de sus relaciones incestuosas con su hermana, la perversa hechicera Morgana, y ocultar a los ojos del mundo tamaña abominación!!².



Tras la muerte de Arturo, siguiendo su voluntad, Sir Bedivere arroja la espada a la Dama del Lago

Lo cierto es que si bien el Arturo de la leyenda no existió, hubo, sí, un cacique galés, caudillo de los silures de Caerleon, que llevaba ese nombre, que tenía algo de sangre romana en las venas, que combatió tanto a invasores sajones como a caudillos rivales y que probablemente jamás pisó Londres.

¿Existió el mago Merlín? Lo dudamos. ¿Pudo figurar algún druida entre los consejeros del soberano? Muy posiblemente. ¿Podría portar ese nombre? Nos gustaría. ¿Existieron Mordred y Malagant a quienes la leyenda presentan como acérrimos enemigos del legendario monarca? Lo ignoramos. Lo que podemos afirmar con seguridad, es que hay dos espadas clavadas en la piedra y que las mismas inspiraron esta historia. Pero no se encuentran en Inglaterra, ni en Gales,

Escocia o Irlanda sino mucho más lejos, a más de mil kilómetros de distancia de los míticos escenarios.

La verdadera Excálibur, si así podemos llamarla, se encuentra, como no podía ser de otro modo, en la eterna y gloriosa Italia, la tierra de nuestros ancestros, nuestra patria, cuya ciudadanía ostentamos orgullosos, cuna con Grecia de la civilización occidental, metrópoli del mayor imperio de la antigüedad (el único a nuestro entender), asiento de la Iglesia Católica y epicentro de la cultura, el arte, la ciencia, la tecnología y el saber.



Otra imagen de Arturo y Excálibur

Dice John A. Symonds en el tomo I, capítulo II de su monumental obra *El Renacimiento en Italia*, que los ingleses llevaron como ningún otro pueblo la temática italiana a la escena e hicieron suya toda esa materia prima, resultando espantoso y desconcertante ver con que tenacidad poetas de la talla de Christopher Marlowe, John Webster, Phillip Massinger, John Ford y Cyril Tourneur se aferraron a los episodios de sangre y perfidia que ofrecía la península³. Aclara también que un drama no tenía éxito en las islas británicas si sus personajes no ostentaban nombres italianos y los hechos se desarrollaban fuera de su geografía.

“Italia fascinaba a la fantasía nórdica y la imaginación de sus dramaturgos se movía a sus anchas entre aquellas escenas”⁴.

También William Shakespeare ambientó buena parte de su producción en tierras itálicas; la primera novela de terror gótico de la historia, *El castillo de Otranto*, es de Horace Walpole; el doctor Víctor Frankenstein, el demente científico de la obra de Mary Shelley es inexplicablemente napolitano; la entrega más resonante de Leigh Hunt fue la *Historia de Rímini*, poema inspirado en el drama de Francesca Da Polenta y Paolo Malatesta, y así podríamos seguir llenando renglones.



Galgano Guidotti

Quien también parece haber echado mano de la materia italiana es sir Thomas Malory, veterano combatiente de la Guerra de las Dos Rosas, autor de *La Muerte de Arturo*, la obra más difundida sobre el legendario personaje, aunque no la primera. Es allí donde se menciona la espada, y al joven Arturo extrayéndola del yunque, aunque sin nombrarla⁵. El nombre “Excálibur” aparece en la *Historia de los reyes de Britania* de Godofredo de Monmouth⁶ y en el libro *Merlín*, del poeta francés Robert de Boro, quien vivió en el siglo XIII, pero el inglés no lo recogió en su escrito. Lo que sí parece haber hecho, fue tomar elementos de ambas

narraciones, así como ciertas historias de los monjes de Cluny sobre un lejano caballero medieval llamado Galgano, y fusionarlas, legando a la posteridad una de las más bellas joyas de la literatura universal.

Según hemos dicho, la Espada en la Piedra, o mejor sería decir, las espadas en las piedras, pues existen dos, no están en las islas británicas sino en Italia. ¿Cómo es posible?



La espada de San Galgano en la Rotonda de Montesiepi

(Imagen: Destino Infinito <https://destinoinfinito.com/espada-san-galgano/>)

Galgano Guidotti era un joven de buena posición, pendenciero, díscolo y altanero, que pasó su juventud entre juergas, amantes y peleas. Nacido en Chiusdino, localidad distante a 27 kilómetros al sudoeste de Siena (1148), era hijo de Guido Guidotto, notable de la ciudad, y su esposa Dionisia, quienes, pese a la buena educación que le dieron a su retoño, nunca pudieron encarrillar su vida. En algún momento el mozo ingresó en la milicia pero eso no cambió su conducta y así continuó provocador, mujeriego e insolente hasta que un día, cuando menos se lo esperaba, se le apareció el Arcángel San Miguel para amonestarlo y conminarlo a tomar el buen camino. Como tampoco escarmentó, en una segunda aparición,

acaecida el 5 de diciembre de 1180, el comandante de los Ejércitos de Dios condujo la cabalgadura del joven hasta el cercano monte Siepi, donde en un punto situado en lo alto de la ladera, la bestia se hincó y arrojó al jinete de su montura al tiempo que marcaba la tierra con sus rodillas.

Cuando Galgano volvió en sí, se le presentaron los Doce Apóstoles y detrás de estos el mismísimo Jesucristo, quien le pidió que cambiase su comportamiento y construyera una ermita en ese mismo lugar. Conmovido ante semejante visión, el caballero extrajo su espada y jurando cumplir la santa misión, la clavó con fuerza en una saliente del terreno.



Chiusdino, ciudad natal de San Galgano

En los días que siguieron, la gente de Chiusdino notó un cambio en el muchacho. El mismo se tornó obediente, piadoso, respetuoso de sus padres y amable con sus semejantes. Y como sus amigos y antiguas amantes lo incitaban a regresar a la vida licenciosa, decidió volver al monte e instalarse como ermitaño, alojándose en el oratorio que estaba edificando. Antes de ello se despidió de sus progenitores, de su prometida Polissena, y finalmente partió.

Transcurrió un año viviendo como asceta, haciendo penitencia, ayunando y orando hasta que el 3 de diciembre de 1181, el mismo año del nacimiento de San Francisco de Asís, entregó su alma al Creador. Al momento de su deceso, contaba 33 años, la misma edad de Nuestro Señor Jesucristo al momento de ser crucificado.

En 1185, el Papa Lucio III lo canonizó. Pasado un tiempo, los monjes cistercienses erigieron la capilla en el mismo sitio donde se hallaba el oratorio, posteriormente hicieron lo propio con la Rotonda de Montesiépi y en torno a esta construyeron la gran abadía -hoy en ruinas-, consagrada a su advocación.



Rotonda de Montesiépi. Capilla interior

(Crédito: Grosby Group)

Durante largos años se pensó que la espada de Galgano era falsa pero sometida a diferentes estudios, incluso con rayos X, se pudo verificar la fecha de su elaboración, la cual ronda en torno al siglo XII, y que toda la hoja -y no parte como se pensaba- se encuentra dentro de la roca.

Se dice que en 1924 la noble arma se había aflojado, por lo que fue asegurada nuevamente con una soldadura de plomo fundido y en 1992 un turista que seguramente se creyó "Arturo" vuelto a la vida en la isla de Ávalon, quebró su empuñadora al intentar extraerla, razón por la cual un grupo de peritos fundió nuevamente la ranura, ligó la hoja con el mismo metal, la rodeó con una suerte de enrejado y la recubrió con una cúpula de plexiglass para preservarla de retardados como aquel.

Historiadores, investigadores y estudiosos de la saga artúrica han buscado vínculos con la historia de San Galgano y no son pocos los que creen ver en él a Sir Galahad, dada la similitud de sus nombres⁷.

Como se podrá apreciar, aquí no hay “Arturos”, ni “Merlines”, ni mesas redondas, ni princesas, ni hechiceras pero sí una espada milagrosa empotrada en una roca por un lejano caballero medieval.



La empuñadura forma la Cruz

Pero el caso de la Abadía del monte Siepi no es la excepción. A 20 kilómetros de Rieti, en los confines del Lacio, se eleva Terminillo, macizo de los montes Reatinos, en el cordón apenino, que separa aquella tierra de la Umbría y los Abruzos. En un enclave agreste y despoblado, a 2200 metros de altura sobre el nivel del mar, existe una roca que en su parte superior tiene clavada otra espada. *“Credi nemichi li homini de altra fede et multi uccisi. Qui piansi loro et sorte nostra. Ke spada mia resti pe´guardia a lo monte nullo homo tolga non nobis domine sed nomini tuo da gloria”*, se lee en una placa colocada por la posteridad, lo que traducido significa: “Crean enemigos, hombres de otra fe mataron a muchos. Aquí lloraron nuestra suerte. Aquí queda mi espada como guardia para que nadie la saque del monte, no a nosotros, Señor, sino a tu nombre da gloria”.

¿Quién empotró esa hoja en tan apartado sitio?

Cuenta la leyenda que el 21 de diciembre de 1307, cinco caballeros templarios llegaron hasta el paraje, escapando de la brutal persecución desencadenada

contra la orden por Felipe el Hermoso, rey de Francia. Lo hicieron con la idea de desperdigarse y romper los votos de fidelidad que los ligaba tanto a la cofradía como al perverso soberano. Fue entonces que en ese rústico paisaje, lejos de cualquier centro poblado, Guy de la Roche, líder del grupo, extrajo su hoja del morral y tras pronunciar una plegaria, la incrustó en la roca, liberando a sus hermanos de todo vínculo y promesa.



**La espada de Guy de la Roche empotrada
en una roca del valle de Terminillo**

(Imagen: "Clarín")

Es de suponer que los caballeros se estrecharon en un abrazo y tras desearse lo mejor, tomaron rumbos diversos, de la Roche hacia la cercana Rieti, la antigua capital de los sabinos, donde ingresó en la orden franciscana y murió vistiendo los hábitos de monje.

La espada que dejó empotrada lleva grabado en números romanos el año 1307 y las siglas INIO que significan *In Nomine Iesu Omnipotentis* ("En nombre de Jesús Todopoderoso").

El lugar donde se encuentra enclavada es conocido desde tiempos remotos como Cinque Confini (Cinco Fronteras) por convergir en él las jurisdicciones de cinco

curatos: Rieti, Cittaducale, Micigliano, Borgovelino y Castel Sant'Angelo. Cerca de allí, corría la frontera que separaba a los Estados Pontificios del reino de Nápoles y Sicilia, hacia donde algunos de los fugitivos pensaban encaminarse.

Aquí deberíamos finalizar el relato de no ser por otro indicio que nos lleva a relacionar estas historias con el mito artúrico.



Caballeros templarios

(Imagen: Revista "Muy Interesante")

La leyenda del rey britano se refiere con bastante frecuencia al mítico reino de Lyonesse, en el extremo occidental de la península de Cornwalles, donde algunos estudiosos sitúan a Camelot. Lyonesse, tierra natal de Sir Tristam, la cual, como la mítica Atlántida, fue tragada por las aguas.

Pues bien, muy cerca de Cinque Confini, a escasos kilómetros de donde comienza la Umbría, corre un valle llamado Leonina, a través del cual se llega a Leonessa, la ciudad de San José, conocida por su Torre Angevina y el magnífico marco geográfico que la rodea. ¿Una casualidad o un indicio que vincula a ambos relatos? Jamás lo sabremos.

Lo cierto es que la milenaria Italia, epicentro de la historia, escenario de hechos de trascendencia universal, conserva entre sus innumerables tesoros dos espadas empotradas en la piedra, de las que, sin ninguna duda, se inspiraron quienes forjaron la célebre saga medieval.



La ruinoso abadía de San Galgano en cercanías de Chiusdino



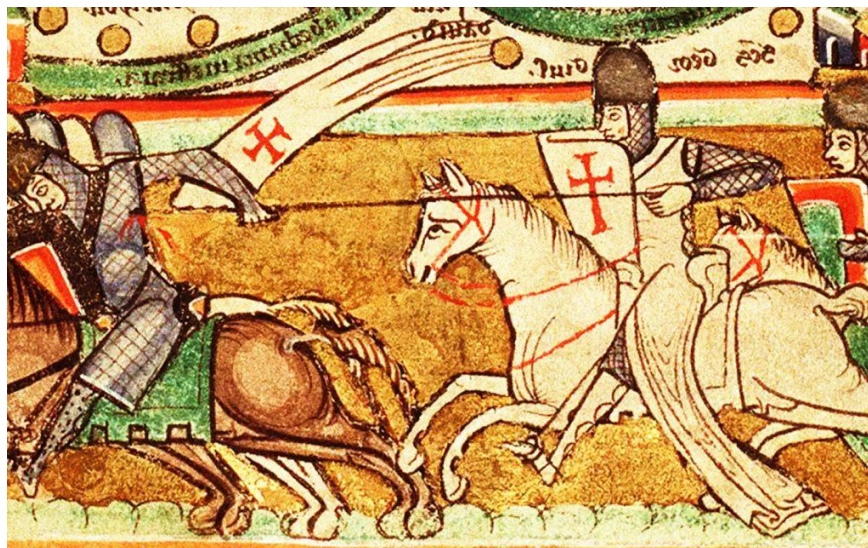
El Arcángel San Miguel se aparece a Galgano Guidotti



Sir Galahad en busca del Santo Grial. Por la similitud de sus nombres hay quienes dicen que el personaje está inspirado en San Galgano



La Rotonda de Montesiepi en la abadía de San Galgano



Caballeros templarios

Notas

¹ En algunas fuentes Ingraine e Ygrainne, en otras, como Godofredo de Monmouth, Igerna.

² Sir Thomas Malory, *La Muerte de Arturo*, Volumen I, capítulo 27: “Cómo fueron mandados traer todos los niños nacidos el primero de mayo, y cómo se salvó Mordred”, Ediciones Siruela, Madrid, 1993, p. 61; John Steinbeck, *Los hechos del Rey Arturo y sus nobles caballeros*, narrativas contemporáneas EDHASA, Barcelona, 1982, pp. 56-57. En cuanto a las diferencias en los relatos, Godofredo de Monmouth presenta a la reina Ginebra (Guinivere) de origen romano y la muestra traicionando a Arturo con Mordred, para usurpar ambos el trono, mientras aquel combatía en tierras lejanas, pero en las restantes versiones era hija del rey Leondegrance de Camelared, y lo engaña con Sir Lancelot.

³ John A. Symonds, *El Renacimiento en Italia*, tomo II, capítulo XI: “El Teatro”, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, p. 264.

⁴ Ídem.

⁵ Recién la menciona en el capítulo 9 del primer volumen, al hablar de la guerra que Arturo emprendió contra los barones que se negaban a reconocer su autoridad. Al parecer llevaba dos hojas y por consejo de Merlín, en el momento más duro de la batalla se valió de aquella para acabar con sus oponentes. “Señor -dijo Merlín a Arturo-, no luchéis con la espada que habéis tenido por milagro hasta que vais a lo peor; sacadla entonces. Y haced lo que podáis”. Sir Thomas, op. cit., capítulo 9: “De la primera guerra que el rey Arturo tuvo, y como ganó el campo”, pp. 23-24. Algo más adelante, el autor refiere como el rey, a instancias de Merlín, la obtuvo mágicamente tras una justa de caballeros, luego de perder la que venía usando. “Y mientras cabalgaban dijo Arturo: ‘No tengo espada’. Ni importa -dijo Merlín-, aquí cerca hay una espada que será vuestra, si puedo. Siguieron cabalgando hasta que llegaron a un lago, el cual era una hermosa agua y ancha, y en medio del lago advirtió Arturo un brazo vestido con brocado blanco

que sostenía una hermosa espada en la mano”, capítulo 25: “Cómo Arturo, por medio de Merlín, tuvo su espada Excálibur de la Dama del Lago”, pp. 57-58. El prodigio al que se refiere Merlín es este y no el de la piedra. Por consiguiente, no se trataría de la misma arma. En cuanto a la alteración de sucesos (en el capítulo 9 Arturo ya tiene consigo a Excálibur en tanto en el 25 recién la consigue), las ediciones respetan la compaginación e impresión que William Caxton hizo en 1485.

⁶ La llama “Caliburn”, pero no hace alusión a ninguna piedra y tampoco a un yunque. Solo refiere que fue forjada en la isla de Ávalon. Malory llama de esa manera a un caballero romano que combate en las filas del emperador Lucio, durante la imaginaria marcha del rey británico hacia Italia, op. cit., Libro V, capítulo 6: “Cómo el rey Arturo envió a sir Gawain y otros a Lucio, y cómo fueron asaltados y escaparon con honra”, p. 188, “...entonces llegó Caliburn, uno de los más fuertes de Pavía, y derribó a muchos de los caballeros de Arturo”.

⁷ Otros afirman que podría ser Sir Gawain.

Bibliografía

César Alcalá, “La Excálibur de Montesiepi”, diario “La Razón”, Madrid, España, 31 de enero de 2023.

Geoffrey Ashe, *El Rey Arturo. El sueño de una época dorada*, Debate Ediciones del Prado, Mitois-Dioses-Misterior, Madrid, 1993.

Miguel Ángel Ferreiro, “Espadas legendarias: La espada de San Galgano. La auténtica ‘Excálibur’”, *El Reto Histórico*, 25 de octubre de 2016

(<https://elretohistorico.com/espadas-legendarias-que-existen-en-la-realidad/>).

Malcolm Godwyn, *El Santo Grial. Origen, significado y revelaciones de una leyenda*, Emecé, Barcelona, 1995.

Cristina Huete García, “San Galgano, santo”, Catholic.net.

Sir Thomas Malory, *La Muerte de Arturo*, Volumen 1, Ediciones Siruela, Madrid, 1993.

Alberto N. Manfredi (h), *Sobre el Rey Arturo y sus Caballeros*, Dunken, Buenos Aires, 1995.

Alberto N. Manfredi (h), *Las dinastías medievales italianas en la Emilia-Romaña*, Dunken, Buenos Aires, 1997.

Godofredo de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*, Ediciones Siruela, Madrid, 1994.

Angélica Peralta, “El Rey Arturo no es el dueño de la espada en la piedra: la historia real es más interesante”, *Univisión*, 25 de febrero de 2022

(<https://www.univision.com/entretenimiento/cultura-pop/la-verdadera-historia-de-la-espada-en-la-piedra>).

Sergio Ramis, “Las enigmáticas espadas italianas clavadas en rocas”, secc. Mundo Insólito, “La Vanguardia”, Barcelona, España, 2 de febrero de 2021.

Roberto Rosapini Reynolds, *Historia y leyenda del Rey Arturo y sus Caballeros de la Mesa Redonda*, Ediciones Continente, Buenos Aires, 1998.

John Steinbeck, *Los hechos del Rey Arturo y sus nobles caballeros*, narrativas contemporáneas Edhasa, Barcelona, 1982.

John A. Symonds, *El Renacimiento en Italia*, tomo II, capítulo XI: "El Teatro", Fondo de Cultura Económica, México, 1977.